JOSE MARIA SAENZ DE TEJADA, S. J.

Vida y obras principales de Santa Margarita Mª de Alacoque

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 SEVILLA
www.apostoladomariano.com

ISBN: 84.7770-639-5
D.L.: Gr. 5.212-2003
Impreso en España
Printed in Spain

PROLOGO DE LA PRESENTE EDICION

Quiero que lo principal de este prólogo consista en señalar qué ha aportado Santa Margarita María Alacoque a la espiritualidad cristiana. Sabemos que la Santa fue elegida como «instrumento y evangelista» del Sagrado Corazón de Jesús; *como* «instrumento» *inteligente y racional expresa sus conocimientos, sus vivencias y experiencias, y éstas constituyen una notable aportación a la vida religiosa de los últimos siglos.*

Estimo que Santa Margarita aporta la novedad, vista y sentida con más claridad y fuerza, de que Jesucristo se simboliza en su Corazón, *y que su Corazón se nos presenta, se nos entrega como el perpetuo y perfecto modelo divino y humano para nuestra santificación y perfección cristiana.*

Creo que la Santa ha subrayado lo que otros ya habían dicho: que el amor se muestra y se prueba con el dolor; *así fue en Cristo, así lo entendió y lo practicó Santa Margarita María, cuyo ideal era no sólo amar o morir, sino vivir para sufrir, como prueba de fidelidad al amor a Cristo que vivió para amar y para morir por amor a Dios y a los hombres.*

La idea y la práctica de consagrarse al Corazón de Jesús *ahonda sus raíces en San Pablo que ama y se entrega a Cristo porque Cristo nos amó y se entregó por nosotros; pero Santa Margarita, como el Beato de la Colombière, y desde entonces en toda la Iglesia, universalizaron esta práctica religiosa de consagrarse al Corazón divino de Jesús para corresponder a su amor, a su entrega con nuestra entrega y consagración.*

Si todo cristiano debe manifestar y predicar su fe en Dios y en Cristo, Santa Margarita se ha distinguido en ser apóstol de Cristo y de las riquezas de su Corazón, *como afirma Benedicto XV en la homilía de la canonización de la Santa, al decir: «Porque es claro cuál sea el encargo asignado por Dios a Santa Margarita María: Predicar a todos los hombres las riquezas del Corazón de Jesús».*

El culto al Corazón de Jesús ya era conocido por los escritores y santos de la Iglesia católica, pero a Santa Margarita María le debe la Iglesia el establecimiento del culto litúrgico al Corazón de Cristo, *cuya fiesta y Misa han contribuido notabilísimamente a la extensión y enraizamiento del amor y del culto al Corazón de Cristo.*

Le reparación por nuestros pecados siempre se practicó en la Iglesia por la virtud de la penitencia que nos mueve a dolernos de nuestras culpas y a satisfacer por todas ellas; pero a Santa Margarita le debe la Iglesia y todo el pueblo cristiano la práctica de satisfacer y de reparar al Corazón de nuestro Salvador *por nuestros pecados y por los de todo el mundo.*

Pío XII sintetizó (*Haurietis aquas*, 15-V-1956) *el significado de Santa Margarita en la vida de la Iglesia,* y afirmó que «ocupa un lugar principalísimo» *porque* atrajo la atención de los hombres, *de modo extraordinario y singular,* a la contemplación y veneración del misterio del amor, simbolizado en el Corazón de Cristo, *capaz de llamar y atraer a los hombres al conocimiento y reconocimiento de su amor, y a sentirse impulsados al amor y a la entrega a Cristo, manso y humilde de Corazón.*

A Santa Margarita se debe la práctica de la Hora Santa y de otras diversas prácticas eucarísticas, *entre las cuales se destacan el impulso a frecuentar más y mejor la asistencia a Misa y a recibir la sagrada comunión y la piadosa y fructuosísima devoción de comulgar los Primeros Viernes, tan extendida por toda la Iglesia y cargada de tantos buenos frutos para la vida cristiana de los individuos.*

La confianza de Dios y en Cristo *es un elemento básico en el cristianismo, pero no hay duda de que Santa Margarita ha fomentado y fundado esta virtud cristiana, dirigida hacia el divino Corazón, como expresión de nuestra entrega confiada y generosa al Corazón de Jesucristo, pues si confiamos en Cristo y en su Corazón de Dios Hombre, nos impulsaremos a más conocerle y amarle y servirle, cumpliendo sus mandamientos y su santísima voluntad.*

Queda por hacer una advertencia sobre una frase que podría echar por tierra todo lo dicho; se afirma que «Santa Margarita no ha aportado nada nuevo a la doctrina católica»; esto se entiende en el campo dogmático, pues la Revelación está completa en la Sagrada Escritura y en la Tradición viva de la Iglesia,

pero en la práctica de la vida cristiana y en la aplicación y en las consecuencias de la Revelación Santa Margarita sí ha influido, y su carisma constituye un «mensaje práctico» y devocional en la Iglesia. «El magisterio de la Iglesia ha querido salir garante de la autenticidad del mensaje fundamental de Santa Margarita», como dice Jesús Solano en un reciente librito sobre Santa Margarita y su carisma. El Espíritu Santo guía a la Iglesia, no sólo el Papa y los Obispos, sino a través de sus fieles que, bajo la guía del magisterio, «son llevados con entera seguridad a penetrar más a fondo, y a aplicar más plenamente a la vida la palabra de Dios» (Conc. Vat. II, LG, 12).

Al leer el libro de la Vida y Obras de Santa Margarita, llegamos a la conclusión de que «existe una voluntad particular del Señor» de que conozcamos y vivamos las riquezas insondables del Dios-Hombre, simbolizadas en su Corazón que arde de amor y que espera, pide y desea ser correspondido por los hombres con una vida santa en pensamientos y deseos, palabras y obras. A Santa Margarita debemos el poder contar en la pastoral con un motivo claro y decisivo en la espiritualidad de los tres últimos siglos de la Iglesia.

Pero la mejor introducción y motivación para leer la Vida y Obras de Santa Margarita María de Alacoque será la misma lectura, canal y corriente de aguas enfervorizadoras que nos moverán a evitar el mal y hacer el bien, a esforzarnos y luchar por nuestra perfección cristiana, en cualquier estado de vida, con generosidad en conocer, amar e imitar a Cristo y en vivir según los sentimientos de su Corazón, manso y humilde, divino y humano, modelo de generosidad y de pureza, de humanismo y de amor, vertido en los surcos de la paz, cuyo mejor fruto es la paz de la conciencia y del corazón, la paz por dentro y hacia afuera, la paz que es el regalo de Cristo al nacer, en el Cenáculo, después de su Resurrección y al subirse a los cielos para ser nuestra esperanza y nuestro premio eterno.

Finalmente, la razón de esta nueva edición de la Vida y Obras de Santa Margarita María de Alacoque se debe a que aún quedan muchas personas, en España, en Centroamérica y en Sudamérica que se interesan por la lectura de las fuentes de la Devoción y Culto al Sagrado Corazón de Jesús. Para reeditar este libro hemos tenido que hacer numerosas correcciones de estilo y de gramática, procurando que sepa menos a fran-

cés, con una traducción menos literal en muchas ocasiones, y hasta hemos tenido que corregir ciertas imperfecciones gramaticales ya que las mismas normas de puntuación de la Real Academia de la Lengua ha modificado en los últimos años las normas de acentuación gráfica.

Ojalá que el Sagrado Corazón de Cristo siga dándose a conocer por medio de Santa Margarita, con esa unción que trasmiten los escritos de los santos, a fin de que conozcamos y amemos más íntima y generosamente a Jesucristo, origen, medio y término de la santidad cristiana.

Alcalá de Henares, Madrid, España.

Día de la Epifanía del Señor.

Manuel Antonio Villegas Torres, S. J.

VIDA

CAPITULO I

LA PREPARACION (1647-1673)

1. La niña inocente.—2. La doncella pura.—3. La amada de la Virgen.—4. Toda para Dios.—5. La amante de Jesús.—6. La joven compasiva.—7. El mundo la solicita.—8. Jesucristo la llama.—9. La Santísima Virgen la ayuda.—10. Margarita triunfa.—11. La elegida por el divino Corazón.—12. El noviciado.—13. ¿Tendrá que salir de la Visitación?—14. La M. María Francisca de Saumaise.—15. Hace, por fin, la profesión.—16. El primer año de profesa.—17. "Nada quiero sino vuestro amor y vuestra cruz".

1. La niña inocente.

Nació Margarita en el pueblecito de Verosvres de la Borgoña (región entonces de España), en el centro de Francia, el 22 de Julio de 1647. Su padre era Notario real. Fue su madrina una noble señora, que se la llevó a los cuatro años a su castillo de Corcheval. Vióse rodeada de lujo y de placeres; pero cierta especie de instinto, que Jesús le había dado, de recato virginal, hizo que conservara nítida su inocencia bautismal.

«Unico amor mío, nos dirá después ella misma en su Autobiografía, ¡Cuánto te debo por haberme prevenido desde mi más tierna edad, constituyéndote dueño y posesor de mi corazón, aunque conocías bien la resistencia que había de hacerte! No bien tuve conciencia de mí misma, hiciste ver a mi alma la fealdad del pecado, que imprimió en mi corazón un horror tal, que la más leve mancha me era un tormento insoportable; y para refrenar la vivacidad de mi infancia bastaba decirme

que era ofensa de Dios; con esto contenía mi ligereza y me retraía de lo que ansiaba ejecutar».

2. La doncella pura.

«Sin saber lo que hacía me sentía continuamente impulsada a decir estas palabras: *Dios mío, te consagro mi pureza, y hago voto de perpetua castidad.* Un día las dije entre las dos elevaciones de la Santa Misa, que de ordinario oía con las rodillas desnudas en tierra, por frío que hiciese. No comprendía lo que quería decir la palabra voto, ni tampoco esta otra, castidad. Toda mi tendencia era ocultarme en algún bosque, y nada me detenía sino el temor de encontrar hombres en aquel sitio».

Mas no era adusta Margarita. Al contrario, era muy dulce y amable; daba gusto, en cuanto podía, a sus amiguitas y a cuantos la rodeaban. De aquí precisamente la vino algún ligero peligro para su inocencia. «Mas también fui, dice ella, culpable de grandes excesos. Pues una vez, en tiempo de carnaval, estando con otras compañeras me disfracé por vana condescendencia, lo que ha sido objeto de mi dolor y llanto durante toda mi vida; así como también de la falta que cometí usando vanos adornos, por el mismo motivo de complacer a las personas arriba citadas. Dios las ha hecho servir de instrumento de su divina justicia para vengarse de las injurias que le hice pecando».

3. La amada de la Virgen.

Pronto se le murió su padre, y la llevaron a educarse en un Colegio de Clarisas, donde hizo su primera comunión antes de los nueve años. «Esta comunión derramó tanta amargura en todos los infantiles placeres y diversiones, que no podía ya hallar gusto en ninguno, aunque los buscase con ansia. Pero caí en un estado de enfermedad tan deplorable, que pasé como unos cuatro años sin poderme mover. Los huesos me rasgaban la piel por todas partes, y por eso no me dejaron allí (en el Colegio) más que dos años. No pudo hallarse en definitiva otro remedio a mis males que el de consagrarme con voto a la Santísima Virgen, prometiéndole que, si me curaba, sería una de sus

hijas. Apenas se hizo este voto, recibí la salud, acompañada de una nueva protección de esta Señora, la cual se declaró de tal modo dueña de mi corazón, que mirándome como suya, me gobernaba como consagrada a Ella, me reprendía mis faltas y me enseñaba a hacer la voluntad de Dios».

4. Toda para Dios.

El natural complaciente de Margarita, su corazón afectuoso, su propensión a la vanidad mujeril, la hubieran sacado del estrecho camino de la virtud, de no habérselo cercado Jesús con las espinas de la tribulación. Era que la quería toda para sí. «Recobrada, dice, la salud, no pensé ya sino en buscar mi contento en el goce de mi libertad, sin darme gran cuidado el cumplimiento de mi promesa. He aquí cómo pasó: Apenas comencé a gozar de plena salud, me fui tras la vanidad y afecto de las criaturas, halagándome el que la condescendiente ternura que por mí sentían mi madre y mis hermanos me dejara en libertad para algunas ligeras diversiones y para consagrar a ellas todo el tiempo que deseara... Mi madre se había despojado de su autoridad en casa, para transmitirla a otros; y de tal manera la ejercieron, que nunca nos vimos ni ella ni yo en mayor cautividad. Era una guerra continua y todo estaba bajo llave...».

5. La amante de Jesús.

Jesús se sirvió de esto para atraerla hacia sí. «Desde este tiempo, dice, todos mis afectos se dirigieron a buscar mi completa dicha y consolación en el Santísimo Sacramento del Altar. Pero, hallándome en un pueblo distante de la Iglesia, no podía ir a ella sin el permiso de esas personas».

«Después de este pasaba las noches como había pasado el día: vertiendo lágrimas a los pies de mi Crucifijo, el cual me manifestó que quería ser el dueño absoluto de mi corazón. Delante del Santísimo Sacramento me encontraba tan absorta, que jamás sentía cansancio. Hubiera pasado allí los días enteros con sus noches, sin comer ni beber, y sin saber lo que hacía, si no era consumirme en su presencia como un cirio ardiente, para

devolverle amor por amor. No podía quedarme en el fondo de la Iglesia; y por confusión que sintiese en mí misma, no dejaba de acercarme cuanto pudiera al Santísimo Sacramento. No juzgaba felices ni envidiaba sino a las que podían comulgar con frecuencia, y tenían la libertad de poder quedarse ante el Señor Sacramentado... Procuraba ganar la amistad de las personas aquellas a fin de obtener algunos momentos libres para dedicarlos al Santísimo»...

6. La joven compasiva.

«La más áspera de mis cruces —dice la Santa— era el no poder suavizar las de mi madre, para mí cien veces más duras de soportar que las propias. Pero mi Divino Maestro me consolaba y sustentaba con una conformidad perfecta a su voluntad santísima».

También era muy compasiva Margarita con los pobres, y más si eran niños. Los socorría, los servía, y aún llegó a besar sus llagas, viendo en ellos la imagen de Jesucristo. Y ¡qué pena le daban si no conocían a Dios! Se hacía su madre y maestra.

7. El mundo la solicita.

¡Pobre joven! Su corazón se convirtió en un campo de encarnizada lucha entre Dios y el mundo. «El diablo suscitaba muchos buenos partidos, según el mundo, los cuales me asediaban para obligarme a ser infiel al voto que había hecho. Esto atraía mucha gente a casa, con quien me era preciso tratar; lo que me servía de no pequeño suplicio. Por un lado mis parientes, y sobre todo mi madre, me apretaban en este punto.

»El demonio se servía de mi ternura y amor filial, representándome incesantemente las lágrimas que mi madre derramaba... Por otra parte, el deseo de ser religiosa y el horror a la impureza no cesaban de importunarme... Comencé, pues, a mirar al mundo y a componerme para agradarle, procurando divertirme lo más que podía».

Tuvo, sin embargo, exquisito cuidado en conservar limpia su inocencia. Poco antes de morir hizo confesión general con el

P. Rolin, S. J., el cual pensó mandársela escribir «con la esperanza —dijo— de que un día se pudiese conocer la extremada pureza de esta Santa». Sus faltas no pasaban de algunas ligerezas y vanidades.

8. Jesucristo la llama.

«Pero Tú, mi Dios —prosigue Margarita—, único testigo de la grandeza y duración del horrible combate trabado en mi alma, me hiciste conocer que me sería muy duro y difícil luchar contra el poderoso estímulo de tu amor... En medio de las reuniones y pasatiempos, me lanzaba (Jesús) flechas tan ardientes, que traspasaban mi corazón de parte a parte, y lo consumían, dejándome como transida de dolor... Después de haberle pedido perdón, con el rostro pegado a la tierra, me hacía tomar una ruda y larga disciplina... Pasado esto volvía, como antes, a mis resistencias y vanidades; pero luego, cuando por la tarde me quitaba las malditas libreas de satanás, quiero decir los vanos adornos, instrumentos de su malicia, se me ponía delante el soberano Maestro, todo desfigurado, cual estaba en su flagelación, dándome acerbas reprensiones: «*Y bien ¿querrás gozar de este placer? —Yo no gocé jamás de ninguno, y me entregué a todo género de amarguras por tu amor y por ganar tu corazón— ¿Y querrás ahora disputármelo?*» En otra ocasión me dijo: —«*Te he elegido por esposa, y nos prometimos fidelidad cuando hiciste el voto de castidad. Soy yo quien te movió a hacerlo, antes de que el mundo tuviera parte en tu corazón... Y después te confié al cuidado de mi Santa Madre, para que te formase según mis designios*».

9. La Santísima Virgen la ayuda.

Efectivamente. «Ha hecho conmigo las veces de una buena madre, y jamás me ha negado su socorro. A ella recurría en mis penas y necesidades, y con tal confianza que me parecía no tener nada que temer bajo su protección maternal. También hice voto en este tiempo de ayunar todos los sábados, de rezar el oficio de su Inmaculada Concepción, etc. Me reprendió seve-

ramente cuando me vio de nuevo dispuesta a sucumbir en la terrible lucha que sostenía en mi interior».

Otro día le dijo la Virgen: —«*Nada temas; tú serás mi verdadera hija, y yo seré siempre tu buena Madre*».

10. Margarita triunfa.

La batalla se decidió en favor de su vocación. Un día, despues de la comunión, le dijo claramente el Salvador: —*Yo soy el más bello, el más rico, el más poderoso, el más perfecto y cumplido de todos los amantes; ¿cómo quieres romper tu amistad conmigo? Si me eres fiel, no te dejaré jamás, y me haré tu triunfo contra todos tus enemigos*—. Triunfó, efectivamente, Jesús en Margarita. «Le dije al Señor que, aun cuando me hubiese de costar mil vidas, no sería otra cosa que religiosa, y me declaré resueltamente a mi familia, suplicando despidieran a todos los pretendientes, por ventajosos que fuesen los partidos que se me presentaran».

¿En qué religión había de ingresar? Propusiéronla varios monasterios; pero le parecía que Jesús en ninguno de ellos la quería. Se le mostró, por fin, el Paray-le-Monial, y entonces se le dilató el corazón de alegría. Lo mismo fue presentarse por primera vez en el locutorio de Paray que decirle interiormente Jesús: —*Aquí es donde te quiero*—. Quedó tan gozosa, «que se adornaba más que nunca y se divertía como nunca lo había hecho. Al dar el apetecido adiós al mundo sentía tal gozo y tal firmeza en mi corazón, que estaba como insensible, tanto al cariño como dolor que me manifestaban todos, especialmente mi madre».

Voló, por fin, al convento, y en él ingresó a los 24 años de edad. Era ya Hija de Santa María, en la Orden de la Visitación.

11. La elegida por el Divino Corazón.

Quería Jesucristo manifestar a la Hermana Margarita María las riquezas infinitas de su amante Corazón para que ella nos las manifestase a nosotros. ¿Cómo la preparó para esta altí-

sima misión? Haciendo que su vida entera fuese un tejido de tribulaciones de todas clases: persecuciones, enfermedades, humillaciones, vejaciones del demonio..., y de admirables favores del cielo: consolaciones, revelaciones, dulzuras inefables en el trato íntimo con su Esposo Divino. Con aquéllas purificaba su alma de todo amor propio; con éstas la adornaba para recibir las visitas de su amantísimo Corazón. Y, por supuesto, se dedicó Margarita con todo empeño a ser una perfecta Salesa, por la práctica de todas las virtudes, informada de un amor ardiente y sacrificado al Salvador.

12. El noviciado.

Avida de oración, pidió a su maestra que le enseñase el modo de hacerla. «Vaya, le respondió, a ponerse delante de Nuestro Señor, como un lienzo delante del pintor». Hízolo así y le dio a entender el divino Maestro que El quería reproducir en su alma la imagen de su vida terrestre, cuyos rasgos principales serían el amor a Dios y el amor a la cruz.

Transcurridos dos meses de postulantado, que fueron para Margarita meses de exquisitas consolaciones espirituales, tomó el santo hábito, el 25 de Agosto de 1671. En este día «mi divino Maestro me dio a entender que estábamos en días de nuestros desposorios, los cuales le daban un nuevo imperio sobre mi; que adquiriría yo también un doble compromiso de amarle con amor de predilección. En seguida me dio a conocer que, a imitación de los amantes apasionados, no me daría a gustar, durante este tiempo, sino lo que había de más dulce en la suavidad de las caricias de su amor».

Tan grandes fueron éstas que llegaron a preguntarse las directoras: ¿encuadra bien en la Visitación este espíritu tan extraordinario? «Se mostraba, sin embargo, declaró después una de sus connovicias, alegre y extraordinariamente fervorosa, de lo que advertidas sus maestras, la probaron más que a las otras, con mortificaciones y humillaciones, que sufría sin réplica ni excusa, pero siempre muy diligente, risueña, y contenta». No perdía, a todo esto, el gusto de la oración, sino al contrario, lo aumentaba considerablemente, lo que hizo creer que la joven

no sería para vivir en la casa; y a fin de retirarla de este camino, fue sometida a todo linaje de pruebas, sin dar nunca señales de queja. Desde entonces oyó decir la expresada declarante a la M. Superiora y Maestra de novicias que la H. Alacoque sería un día *santa*, habiendo en ella algo extraordinario.

13. ¿Tendrá que salir de la visitación?

Tembló Margarita con sólo pensarlo. *Antes la muerte*, se decía. Ora, importuna al Señor y declara la guerra a su propia voluntad y a sus repugnancias naturales. Un caso muy curioso.

Tan terrible era la repugnancia que toda la familia Alacoque tenía al queso, que se estipuló, al entrar Margarita, que jamás se la obligaría a comerlo. Mas Jesús le exigió el sacrificio. Un día le pone la refitolera, por descuido, su ración correspondiente. ¡Rudísima lucha! Quiere, y no puede comerlo durante varias horas de lucha y de lágrimas. «Comí, en fin, escribió después, aunque confieso no haber sentido jamás tal repugnancia, la cual volvía a experimentar cada ver que me era preciso volver a la lucha, sin dejar de continuarla durante ocho años aproximadamente». «Su estómago quedó durante todo el día resentido». Con igual generosidad venció otras repugnancias y aficiones. Tres meses le costó el vencer un afecto demasiado sensible a una de sus Hermanas. Era su Maestra la H. Ana Francisca Theuvant, y su Superiora la M. María Jerónima Hersant.

14. La M. María Francisca de Saumaise.

Sustituyó en el Superiorato de Paray a la M. Hersant el 1672, pocos meses antes de terminar Margarita su noviciado. Tenía 52 años a su llegada al Monasterio de Paray desde el de Dijón, en donde había ingresado a los quince años. De corazón dulce y humilde, de juicio recto, muy fiel a los ejercicios ordinarios y a la vida común, era la M. Saumaise la destinada por el Señor para abrir a la fervorosa novicia las puertas de la Visitación y recibir las confidencias de sus admirables revelaciones.

Ya tocaba a su fin el noviciado cuando le sobrevino una larguísima tribulación. Le fue diferida la profesión. «¿En qué vendría a parar, se decían, la exquisita sencillez de la Orden si se admitiese tan fácilmente a las novicias que caminan por vías extraordinarias? Antes de tomar una determinación irrevocable ¿no convendría esperar algún tiempo?» —«*¡Ay, Señor mío!*, así se desahogaba la novicia con su Dueño; *¿acaso serás Tú la causa de que no me admitan?*» —*Di a tu Superiora,* le replica el amabilísimo Jesús, *que nada hay que temer en tu admisión; Yo respondo de ti; si me considera buen pagador, yo seré fiador tuyo*».

Descubrió todo su interior Margarita a su nueva Superiora. «*Si esto es verdad,* responde la prudente M. Saumaise, *pida al Señor que la vuelva útil a la santa Religión por la práctica de todas sus observancias. Muy a gusto, hija mía,* dice El a la Hermana, *te concedo todo eso, pues te volveré más útil a la Religión de lo que ella cree; pero de una manera que nadie conoce sino Yo. En adelante ajustaré mis gracias al espíritu de la Regla, a la voluntad de tus Superioras y a tu flaqueza, de modo que debes tener por sospechoso todo cuanto te aparte del exacto cumplimiento de la Regla, que quiero Yo prefieras a todo lo demás. Cuando tus Superioras te prohiban lo que Yo te hubiere ordenado y tú antepongas la voluntad de éstas a la mía, entonces quedaré complacido. Yo sólo me reservo tu dirección interior, y en particular tu corazón, pues habiendo establecido en él el imperio de mi puro amor, jamás lo cederé a otros*».

15. Hace, por fin, la profesión.

Fue admitida, por fin, a la profesión, y hubo de entrar en los Ejercicios preparatorios, riente aurora de las extraordinarias manifestaciones del divino Corazón. Solicitada como «víctima de su Corazón» por Jesucristo, se le ofrece generosamente como tal; su Divino Esposo la favorece con sus regalados coloquios, aun en medio de las carreras que tiene que dar para cuidar de la borriquilla y del asnillo del monasterio.

En el famoso *bosquecillo de avellanos* le da a conocer el Señor «las ventajas del padecer, por los conocimientos y luces

que me ha procurado de su Pasión». Experimenta un «rapto de gozo y de deseo» al vislumbrar la gloria eterna; le concede «gozar de su presencia actual y continua». Desde entonces le ve y le siente a su lado mejor que «por sus sentidos corporales» como Amigo, como Esposo, como Padre, como Señor omnipotente, como Juez rigurosísimo. La viste con el traje blanquísimo de la inocencia al hacer su confesión general. *Para ti,* le anuncia, *no habrá otros placeres sino los que vayan enlazados con la cruz.* En fin, «entonces fue cuando su bondad me descubrió la mayor parte de las gracias con que había determinado favorecerme, y sobre todo lo que atañe a su amable Corazón». Aun la prometió que su llaga sería «su morada actual y perpetua».

¡Con qué misterioso sentido le dijo el celebrante al recibir la profesión de la endiosada novicia el 6 de noviembre de 1672: «Jesucristo te iluminará. Ve adelante por las sendas del justo, como la aurora resplandeciente...!».

Pronto se trocará en el radiante mediodía. «Yo, vil y miserable criatura —escribió Margarita la tarde de este día memorable—, prometo a mi Dios someterme y sacrificarme a todo lo que pida de mí; inmolando mi corazón al cumplimiento de todo lo que sea de su agrado, sin reserva de otro interés más que su mayor gloria y puro amor, al cual consagro y entrego todo mi ser y todos mis momentos...».

16. El primer año de profesión.

Según la costumbre, permaneció todavía la nueva profesa dos años en el noviciado. «Pusiéronme, escribe, en la enfermería, y sólo Dios puede llegar a conocer lo que allí tuve que sufrir, tanto de parte de mi natural sensible como de las criaturas y del demonio». Su divino Guía la embriagó primero, sobre todo durante la oración, con los goces del Tabor para robustecerla en la subida de la agria pendiente del Calvario. Un día, después de comulgar, se le mostró una cruz inmensa cubierta de flores, cuya extremidad le fue imposible distinguir. *Este es el lecho,* le dijo el divino Esposo, *de mis castas esposas, en el que te haré sentir las delicias de mi amor; estas flores caerán poco a poco y sólo quedarán las espinas que bajo ellas están es-*

condidas, a causa de tu flaqueza; pero que te harán sentir tan vivamente sus punzadas que tendrás necesidad de toda la fuerza de mi amor para sufrir su dolor».

Muy pronto pudo abrazarse Margarita con una cruz no cubierta de flores, sino mostrando bien al desnudo todas sus asperezas.

Amante finísima de Jesús Sacramentado, pasaba todos sus tiempos libres (los domingos y fiestas horas enteras) en su presencia «en profunda adoración, las manos cruzadas y sin hacer movimiento alguno». «Descalza y por un camino de fuego» hubiera andado para recibir a su Dueño Sacramentado.

17. "Nada quiero sino tu amor y tu cruz".

¿Te gustaría padecer todas las penas que merecen tus pecados y los de tus Hermanas? (manchas que aun ligeras empañaban el brillo de la perfección religiosa) —le preguntó un día su divino Maestro—. *Todas, todas, Jesús mío,* respondió Margarita. Y las padeció terribles, numerosas.

Los regalos se multiplican. Ya le dice Jesús: *«abísmate en mi grandeza y guárdate de salir de ella, porque si sales no volverás a entrar»*, mientras introduce en su Corazón luminoso el oscuro de Margarita; ya se le coloca en sus brazos en forma de un niñito resplandeciente y le devuelve la voz perdida; ya le da a San Francisco de Asís como su especial guía.

También se multiplican los trabajos. Un día le comunica una partecita de sus terribles angustias en Getsemaní, y la quiere *víctima inmolada* por algunos pecadores ocultos; otros la purifica con inexplicables suplicios la presencia, ya de la «santidad de justicia», ya de la «santidad de amor». En medio de tantas alternativas, protesta al Señor la fidelísima religiosa: *«Nada quiero sino tu amor y tu cruz, y esto me basta para ser buena religiosa, que es lo que deseo».*

Su Dueño la quiere rendidísima a la santa obediencia, *«sin la cual no es posible complacerme».*

Jesucristo ha preparado ya a su *Evangelista;* muy pronto le manifestará el nuevo *Evangelio de amor* de su abrasado Corazón.

CAPITULO II

LAS CUATRO PRINCIPALES REVELACIONES (1673-1675)

1. La aurora de la manifestación.—2. Primera revelación.—3. Segunda.—4. Tercera.—5. Enfermedad y curación milagrosa.—6. La condenan por visionaria.—7. El P. Claudio de La Colombière.—8. Cuarta y última revelación.—9. La primera Fiesta del Amor.

1. La aurora de la manifestación.

Desde los primeros siglos de la Iglesia, y más o menos expandida, floreció siempre en el jardín de la santa Iglesia la preciosísima devoción; pero ni era tan del dominio público como lo es en nuestros días, ni revestía los caracteres tan precisos de *amor y reparación*. Nuestra Santa fue su verdadera *evangelista* porque, aunque no se apoya la Iglesia precisamente en estas revelaciones para instituir este culto, pero sí lo instituyó de hecho *con ocasión* de las mismas.

La grandiosa manifestación ha empezado a pergeñarse en el alma de la feliz elegida casi desde su entrada en la Visitación (1671); se ha diseñado en los años de su noviciado y primero de su profesión (1672-1673); aparecerá trazada con mano robusta en los dos sucesivos (1674-1675); se perfeccionará en los diez siguientes (1675-1685); se propagará dentro y fuera de la Visitación en los tres sucesivos (1686-1689), y al abismarse para siempre la Virgen de Paray en el Sacratísimo Corazón (Octubre 1690), se habrá ya manifestado brillantemente a toda la Iglesia.

Mas todavía pasarán largos años hasta que adquiera su máximo esplendor.

A medida que se acerca el feliz momento, favorece Jesús a su sierva con más claras representaciones alegóricas de su amante Corazón; un abismo sin fondo, perforado por la flecha del amor, en el cual debe perderse; un manantial de agua viva; un horno de amor, un «libro de la vida, que contiene la ciencia del amor»; un delicioso verjel.

2. Primera revelación principal. (1673)

Es la fiesta del discípulo amado (27 Diciembre 1673). Está Margarita en el coro bajo en presencia de su Amor Sacramentado. El la hace reposar en su divino pecho, donde le descubre «las maravillas de su amor y los secretos de su Corazón que siempre le había tenido ocultos hasta entonces, cuando se le abrió por primera vez».

Mi divino Corazón, le dice, *está tan apasionado de amor a los hombres, en particular hacia ti, que, pudiendo contener en él las llamas de su ardiente caridad, es menester que las derrame valiéndose de ti, y se manifieste a ellos para enriquecerlos con los preciosos dones que te estoy descubriendo...».* Le pide en seguida su corazón y le introduce en el suyo, «en el que me lo hizo ver como un átomo que se consumía en aquella ardiente hoguera»; se convierte, a su contacto, en llama encendida, lo saca y se lo vuelve a colocar en su pecho «como una llama ardiente en forma de corazón». Este fuego le producirá toda su vida un violento dolor de costado, garantía de la verdad de la aparición. Durante muchos días queda Margarita como embriagada y toda abrasada de amor.

Seguía en su oficio de enfermera. Ahora la destinan sus superioras al pensionado, en calidad de ayudante. Las catorce jóvenes de familias distinguidas que en él se educan, pronto veneran también a su joven maestra como a una verdadera Santa. Continúan entretanto los divinos favores. Todos los primeros viernes se le presenta el Sagrado Corazón como un sol brillante, cuyos rayos ardorosos caen a plomo sobre su corazón. Parece que todo su ser va a quedar reducido a ceniza.

3. Segunda revelación principal. (1674)

«El divino Corazón se me presentó en un trono de llamas, más esplendoroso que el sol, y transparente como el cristal, con la llaga adorable, rodeado de una corona de espinas significando las punzadas producidas por nuestros pecados, y una cruz en su parte superior...».

El pensamiento de Jesucristo se va precisando; la devoción a su Sagrado Corazón, que quiere difundir por todo el mundo,

es como el último esfuerzo de su amor para abrasar el frío mundo. Será necesario en la nueva devoción venerar al Corazón divino bajo la forma de un corazón de carne; la llaga de la lanza estará bien visible, le rodearán llamas y la ceñirán las espinas llevando en la parte superior una cruz. Los que honren en público esta santa representación recibirán gracias muy especiales. Margarita deberá llevarla de continuo sobre su corazón. Poco a poco se aclararán estas promesas, y los rasgos, todavía indecisos, de la *divina devoción* se verán claros y de relieve.

4. Tercera revelación principal. (1674)

«Una vez entre otras, escribe la vidente, que se hallaba expuesto el Santísimo Sacramento, después de sentirme retirada en mi interior por un recogimiento extraordinario de todos mis sentidos y potencias, Jesucristo mi amado Dueño se presentó delante de mí todo resplandeciente de gloria, con sus cinco llagas brillantes como cinco soles, y despidiendo de su sagrada Humanidad rayos de luz de todas partes, pero sobre todo de su adorable pecho, que parecía un horno encendido: y, habiéndose abierto, me descubrió su amante y amable Corazón, vivo manantial de tales llamas.

»Entonces me explicó las inexplicables maravillas de su puro amor, y hasta qué exceso había llegado su amor para con los hombres, de quienes no recibía sino ingratitudes».

Esta aparición es más brillante, más regia, que las precedentes. Amante apasionado, se queja del desamor de los suyos, y, divino mendigo, nos tiende la mano el Señor para solicitar nuestro amor. *Estate atenta a mi voz*, continúa Jesús, y le dirige varias peticiones:

Primero me recibirás sacramentado tantas veces cuantas la obediencia quiera permitírtelo.

Comulgarás, además, todos los primeros viernes de cada mes.

Todas las noches del jueves al viernes haré que participes de aquella mortal tristeza que Yo quise sentir en el huerto de los Olivos; tristeza que te reducirá a una especie de agonía más difícil de sufrir que la muerte. Para acompañarme en la humilde oración que hice entonces a mi Padre en medio de todas mis

congojas, te levantaré de once a doce de la noche para postrarte durante una hora conmigo, el rostro en el suelo, tanto para calmar la cólera divina, pidiendo misericordia para los pecadores, como para suavizar, en cierto modo, la amargura que sentí al ser abandonado por mis Apóstoles, obligándome a echarles en cara el no haber podido velar una hora conmigo; durante esta hora harás lo que yo te enseñaré...

A todo esto, absorta Margarita en su larga oración, la tienen que hacer volver en sí las Hermanas; la llevan a la Superiora, la M. de Saumaise, y cae temblorosa y conmovida de rodillas. La Superiora la mortifica y humilla duramente. Mas ella cumple balbuceando las peticiones del Señor y se calla. La prudente Superiora da un no tajante a todas ellas. Pero el mismo Jesucristo intervendrá directamente.

5. Enfermedad y curación milagrosa.

El divino fuego que la devora la reduce a un estado continuo de fiebre. Margarita se calla hasta que «hecha un esqueleto» tiene que dar cuenta a la Superiora. La calentura no cede ante los remedios: sufre la pobre enferma más de sesenta accesos, y muchos creen próxima su partida de esta vida.

El Médico divino la consuela maravillosamente. Un día se le presenta en forma de tres jóvenes resplandecientes de luz, vestidas de blanco, las tres Personas de la Santísima Trinidad; otro día, y mientras se lamenta amargamente de no poder levantarse para ir a recibirle, la toca amorosamente Jesucristo, y le dice: *Levántate y ven a buscarme*; y así lo hace sin ninguna dificultad.

La M. de Saumaise quiere abreviar las pruebas. Si son del Señor esas peticiones que me hace, pídale usted la cure en seguida, y se las concederé. La enferma obedece, y al momento recobra la salud por mediación de su Madre divina. «*Animo, querida hija mía,* le dice; *yo te doy la salud de parte de mi divino Hijo*; *aún te queda un largo y penoso camino que recorrer*».

Tan rápida y difícil curación no pudo menos de impresionar vivamente a la Superiora y a toda la Comunidad. ¡Cosa admirable! Las miradas de todas se dirigían forzosamente hacia aquella joven profesa (apenas llevaba tres años de comunidad)

de «un exterior tan sencillo y una timidez tan señalada» que debería haber pasado inadvertida entre sus Hermanas de mucho más relevantes cualidades.

6. La condenan por visionaria.

¿Qué espíritu es éste que guía a esta Hermana tan singular?, se pregunta ansiosa la M. Superiora; y cree necesario que la examinen varias personas doctas. Los dictámenes fueron unánimes. «Sacudieron la cabeza, miraron a la H. Margarita María como a una visionaria, dieron la orden de obligarla a comer sopa; y el oráculo que pronunciaron fue condenar su gusto por la oración, y prohibir a la Hermana y a la Superiora que hicieran caso de estas maravillas por evidentes que fuesen; y aún se jactaron de la prudente sabiduría de su decisión». ¡Buenos maestros de espíritu!

¡Pobre Hermana! Hace esfuerzos heroicos para obedecer; mas parécele imposible resistir al espíritu que ellos aseguran no es de Dios. Durante largos meses sufre terribles tribulaciones interiores que le sirven para aprender a estribar en sólo Dios, y a dominar su natural impresionabilidad.

Interviene, por fin, abiertamente el divino Maestro. Probablemente a fines de 1674, cuando estaba a punto Margarita de ser anegada por la tempestad, le anuncia formalmente: *Yo te enviaré a mi siervo. Descúbrete a él por completo, y él te dirigirá según mis proyectos.* ¿Quién era este feliz elegido?

7. El P. Claudio de La Colombière, S. J. (1641-1682)

Nacido el 2 de Febrero de 1641, en un pueblecito del Delfinado, se hallaba a la sazón en Lyon practicando el año de tercera probación. Acababa de hacer íntegros los Ejercicios de San Ignacio, y en ellos había perfilado con trazo firme la vida de santo que había de llevar. ¡Trazas admirables de la divina Providencia! Antes de su venida a Paray, a mediados de Febrero de 1675, había hecho el P. Claudio brillantemente los estudios elementales, entrado en la Compañía de Jesús a los diecisiete años y después de seguir los cursos ordinarios de for-

mación espiritual y literaria, y recibido las sagradas órdenes a los veintiocho años, y hecho, tres años después, la tercera probación, el divino Corazón le había ido formando, lo mismo que a Margarita, para que ambos estrechamente unidos fuesen los primeros apóstoles de la nueva devoción.

A los pocos días de llegar a Paray hizo, como Superior de aquella Residencia, una visita de cumplimiento a la Comunidad de la Visitación. Lo mismo fue entrar en el locutorio, que oír Margarita claramente en su interior la divina voz: «*Este es el que te envío*». Pronto preguntaba él a la Madre Superiora: «¿Quién es esa joven religiosa? Sin duda un alma privilegiada». Se refería el espiritualísimo Padre a la Hermana Alacoque, en la cual había observado un no sé qué de sobrenatural al dirigir una plática a la Comunidad. Sin embargo, ella no se descubre hasta que se lo ordena expresamente su Superiora. Le refiere sencillamente al Padre las maravillas del amor divino que la martirizan; sus virtudes y sus defectos; todo. *Nada tiene usted que temer,* le asevera formalmente el avisado Padre; *el espíritu de Dios es quien la guía*; *siga sus movimientos*; *sea la víctima del Sagrado Corazón.*

¡Qué río de paz inundó su corazón! Le añadió prudentísimas reglas de dirección espiritual.

Otras entrevistas con su santo director le aseguraron y alentaron más y más, despreciando las hablillas que entre personas poco espirituales suscitaban.

¿Cómo no ser santa una unión sellada por el mismo Jesús? Un día, al aproximarse la Santa a la reja del coro para recibir de manos del Padre la sagrada Comunión, se le aparece el divino corazón rodeado de llamas; cerca de El se encuentran otros dos corazones que parecen querer unirse y perderse en el de Jesús. *De esta manera,* le dice el benignísimo Señor, *mi puro amor une estos tres corazones para siempre.* ¡Venturosos corazones humanos que se habían de consumir en aquel delicioso fuego del divino, para trabajar de común acuerdo en manifestar al mundo frío y descreído los incendios del amor eterno, humanizado en el Corazón del Verbo Encarnado!

Más; habían de considerarse ambos como «hermanos», y poner en común sus riquezas espirituales. *Pero, Señor, ¿no hay una gran desigualdad,* le replica Margarita, *entre este santo Jesuita y tu pobrísima esclava? —Las riquezas de mi Corazón*

suplirán y lo igualarán todo; díselo sin temor. Ya estaba todo divinamente preparado para la más esplendorosa de las cuatro Revelaciones principales, para la *Gran Revelación.*

8. Cuarta y última Revelación principal. "La Gran Revelación". (1675)

Es un día infraoctava del Corpus, probablemente el 16 de Junio de 1675. La Hermana Margarita María está ante S. D. M. expuesta. De la blanca nube de los accidentes Eucarísticos se destaca radiante N. S. Jesucristo, le descubre su divino Corazón y le dice con acente insinuante y amoroso ademán: «*He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que nada ha perdonado hasta agotarse y consumirse para demostrarles su amor, y que no recibe en reconocimiento de la mayor parte sino ingratitud, ya por sus irreverencias y sacrilegios, ya por la frialdad y desprecio con que me tratan en este Sacramento de amor. Pero lo que me es aún mucho más sensible es que son corazones que me están consagrados los que así me tratan. Por eso te pido que se dedique el primer viernes de mes, después de la octava del Santísimo Sacramento, una fiesta particular para honrar mi Corazón, comulgando ese día, y reparando su honor con un acto público de desagravio, a fin de expiar las injurias que ha recibido durante el tiempo que he estado expuesto en los altares. Te prometo además que mi Corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor sobre los que den este honor y los que procuren le sea tributado*».

—«¿Cómo puedo cumplir estos encargos?»— «*Dirígete a mi siervo* (el P. La Colombière) *y dile de mi parte que haga cuanto pueda para establecer esta devoción y complacer así a mi Corazón divino; que no se desanime a causa de las dificultades que se le presenten, y que no le han de faltar; pero debe saber que es omnipotente aquel que desconfía enteramente de sí mismo para confiar únicamente en Mí*» ¡Estupenda revelación!

9. La primera Fiesta del amor.

Ella fue el fundamento histórico de la instauración en la Santa Iglesia de la preciosísima devoción que hoy gustamos

agradecidos; ella es el epítome doctrinal de la misma; ella abre una nueva Era en la Religión católica, la Religión del amor.

«Es sin contradicción (ha escrito Mons. Bougaud) la más importante de las revelaciones que han ilustrado la Santa Iglesia, después de las de la Encarnación y de la Sagrada Eucaristía. Es la mayor efusión de luz después de Pentecostés».

Pocos días después, el 21 de Junio, fiesta de San Luis Gonzaga, el día mismo pedido por Jesucristo (viernes siguiente a la octava del Corpus) se consagraban fervorosamente al Divino Corazón el Director santo y su santa dirigida. Era la primera «Fiesta del Amor», la primera fiesta íntima en que se honraba al Sagrado Corazón de Jesús según las enseñanzas de Este a su Santa Evangelista. Sin embargo, durante quince años serán contrastadas éstas y las otras importantísimas Revelaciones en el Monasterio de Paray-le-Monial, y durante un siglo en la Iglesia de Dios. Así aparecerá más divino el origen del suavísimo culto del Corazón de Jesucristo.

CAPITULO III

LA CONTRADICCION (1675-1685)

1. Dolorosa separación.—2. Los dos cuadros.—3 Víctima de la Justicia.—4. La M. Greyfié.—5. Mutua donación.—6. 6. Vuelve el P. La Colombière. 7. El nombre de Jesús grabado en el pecho.—8. Primer grito de amor aportólico.—9. Intervenciones sobrenaturales.—10. Siempre la cruz y la corona de espinas.—11. "Quiere aquí el sacrificio de vuestra vida".—12 Las noches del Jueves Santo.—13. Enfermedades y curaciones.—14. Sus "queridas amigas".—15. Divina puntualidad.—16. Sus tres ardientes deseos.—17. Sus cualidades naturales.—18. Sus tres repugnancias.

1. Dolorosa separación.

Mucho lo fue para la apóstol del Divino Corazón la de aquel varón santo, a quien el mismo Jesús había llamado su «siervo fiel y perfecto amigo». Poco más de un año después de la Revelación le enviaron los Superiores a Londres como predicador de la Duquesa de York, futura Reina de Inglaterra. Mucho bien había hecho en Paray, sobre todo en el Monasterio de la

Visitación. ¡Gran pena también para el P. La Colombière despedirse de la Hermana Margarita, a la que «yo mismo consulté en lo que me atañe, y sigo sus consejos». ¡Gran pena también para ella, tan agradecida!

Al depedirse le dio ésta un billete para su gobierno en su nueva y difícil misión «lleno de casi tantos misterios como palabras». Al fin, como inspirada por el Señor. Más adelante le envió a Inglaterra otros billetes parecidos. Ya en la antigua «Isla de los santos», se dedicó a esparcir abundantemente el P. La Colombière, de palabra y por escrito, la preciosa semilla de la nueva devoción.

2. Los dos cuadros.

Mientras tanto se deslizaba en Paray la vida de la Hermana Margarita entre consolaciones dulcísimas y espantosas tribulaciones. «Una vez se me presentó Jesucristo llevando en una mano el cuadro de una vida la más dichosa que se puede uno imaginar para una religiosa, llena de paz, abundando de consolaciones interiores y exteriores, y gozando de salud perfecta, al par que del aplauso y estima de las criaturas... En la otra, otro cuadro representando una vida sumamente pobre y abyecta, siempre sacrificada...; y presentándome los dos cuadros me dijo: «*Escoge, hija mía, el que más te agrade; cualquiera que elijas, te haré las mismas gracias*».

»Yo me prosterné a sus pies para adorarle, y le dije: «*Oh Señor mío, nada mío, nada quiero sino a Vos y la elección que hagáis por mí*». Y como El insistiese mucho en que escogiera yo, le repuse: *Tú sólo me bastas ¡oh Dios mío! Haz de mí lo que más gloria te dé. Con tal que Tú estés contento, me basta*». Entonces me dijo que había escogido la mejor parte, como Magdalena, y que no me sería quitada, puesto que era mi herencia. Y presentándome el cuadro de la crucifixión: «*He aquí*, me dijo, *lo que yo escogí y más me agrada, tanto para el cumplimiento de mis designios como para volverte como Yo soy*».

»Acepté, pues, este cuadro besando la mano que me lo presentaba, y aunque la naturaleza se estremeció, lo abracé con todo el afecto de que es capaz mi corazón...».

¡Cuán terribles fueron estos padecimientos!

3. Víctima de la Justicia divina.

Alcanzaron su momento álgido la víspera de la Presentación de 1677. La regalada Esposa del divino Corazón sintió traspasadas sus carnes por el agudo cuchillo de la Justicia divina, que la había escogido (lo vimos antes) como víctima por algunas faltas de observancia en aquella Casa. Y tuvo que anunciarlo ella misma públicamente en una reunión de la Comunidad, y padecer indecibles desprecios y humillaciones que la dejaron medio muerta. Nos lo cuenta largamente en su Autobiografía, con admirable delicadeza y caridad.

Al día siguiente, que lo era de renovación de Votos de todas las religiosas, se les mostró otra vez Jesús con rostro benigno.

En adelante no había de tener vida más que para promover los intereses de su amantísimo Corazón. Y sobre toda ella había de proyectar sus tristes sombras el cuadro de la Crucifixión que antes dijimos. Sombras de dolores corporales; sombras de tribulaciones espirituales; sombras de heroicas victorias sobre su naturaleza delicada que alguna vez pasaron de la raya de la prudencia. De nuevo la curó repentinamente el Médico divino, movido por la súplica que ella le hizo obligada por la M. de Saumaise. Pero le dio a entender muy claramente que si le devolvía la salud, era para prepararla a nuevos combates e inmolarla con nuevos suplicios.

A mediados de 1678, y terminado su superiorato, dejaba para siempre la M. de Saumaise la Casa de Paray. El Sagrado Corazón la había escogido para que ayudase en sus penosos comienzos a su apóstol y víctima. Siempre fueron ambas buenas amigas en el divino Corazón, cuya mayor gloria únicamente anhelaban.

4. La R. M. Petronila Rosalía Greyfié. (1678-1679)

Sucedió en el Superiorato a la M. de Saumaise. «La había escogido el Señor, dice el P. Hamón, para poner a prueba, todavía más, a Santa Margarita María, y formar de ella un juicio definitivo. Nadie la conoció como ella, sin exceptuar a la M. de Saumaise; nadie, quizá, le tuvo más cariño, y nadie, en fin, la trató con más rigor en ciertas ocasiones».

Nada amiga la nueva Superiora de las vías extraordinarias. obligó a la Santa a consultar de nuevo con algunos directores espirituales. No le sirvió más que para perder la paz interior. Más; le prohibió formalmente el ejercicio de la Hora Santa, expresamente pedido por el divino Corazón, sin atender a las humildes representaciones de la Hermana, temerosa de la ira de Dios por la tal prohibición. No tardó mucho en descargar.

Una joven religiosa de muy bellas prendas murió en pocos días, víctima de un flujo de sangre. ¿No era bien patente el castigo de S. D. M.? En seguida revocó la prohibición.

Seguía entretanto germinando en el corazón de Margarita el fecundo germen de la gran devoción en él depositado tres años antes, cuando recibió de El otro favor en su Retiro de 1678. Como se quejase ella a su divino Esposo de los muchos consuelos con que la regalaba, y que no era poderosa para resistir: «*Come y bebe,* le replicó El, *en la mesa de mis delicias para reparar tus fuerzas a fin de que camines animosamente, puesto que el camino que has de recorrer es largo y penoso, y habrás de tomar con frecuencia aliento y descanso en mi Corazón que para esto te estará siempre abierto. Quiero que tu corazón sea para mí,* añadió el benignísimo Jesús, *un refugio en el que me retiraré para recrearme cuando los pecadores me persigan y me rechacen de los suyos*».

5. Mutua donación.

Quedó, pues, confirmada la Virgen de Paray en su oficio de víctima. Además ella sería toda entera para el Corazón de Jesucristo, pero a su vez el Corazón de Jesús sería todo para ella. ¡Felicísimo cambio! Y formalizado con un testamento muy original, en el cual había de actuar de notario la Superiora...: *Mi Hermana Margarita María declara que se desprende de todo, libre y absolutamente, excepto de la voluntad de estar por siempre unida al divino Corazón de Jesús y amarle puramente por amor del mismo. En fe de lo cual ella y yo firmamos este papel. Escrito el último día de Diciembre de* 1678. *Hermana Petronila Rosalía Greufié, actual Superiora... Hermana Margarita María, discípula del divino Corazón del adorable Jesús.*

Al día siguiente le daba a leer Jesús escrita en su divino

Corazón la donación que El a su vez le hacía de todos sus tesoros. Ella la transcribió con sangre de sus venas: «*Yo te constituyo heredera de mi Corazón y de todos sus tesoros en el tiempo y en la eternidad, permitiéndote usar de ellos tus deseos; te prometo que no dejaré de socorrerte sino cuando mi Corazón carezca de poder; tú serás para siempre su discípula muy amada, el juguete de su beneplácito y el holocausto de sus deseos; y El será el único regocijo de tus deseos que reparará y suplirá tus defectos y desempeñará tus obligaciones*». Arrebatada de amor, se grabó sobre su corazón con un cortaplumas el nombre sacrosanto de JESUS.

No quedó, con todo, la desconfiada Superiora libre de todo prejuicio con su obedientísima súbdita. ¡Cosas de santos! Esta la amaba con especial amor porque la sustentaba, decía, «con el delicioso pan de la mortificación y humillación».

6. Vuelve el P. La Colombière a Paray.

El divino Corazón premio a su «fiel siervo» los servicios hechos en Inglaterra con verse envuelto en un proceso, encarcelado y expulsado de la nación a fines de 1678. Dos meses después pasaba diez días en la ciudad de la Gran Revelación. ¡Qué cordial entrevista entre los dos apóstoles! «Tuve mucho consuelo, escribía el Padre a la M. de Saumaise, en esta visita; la hallé sumamente humilde y sumisa, en un profundo amor a la cruz y a los desprecios, señales de bondad del espíritu que la guiaba, que nunca engañaron a nadie».

De mucho provecho fueron para ella estos días. Oigamos a la desconfiada M. Greyfié. A una Hermana que le preguntaba sobre el particular, respondió: «No son artículos de fe las gracias concedidas a Margarita; no obstante, le diré que, para salir de la confusión en que me hallaba, hablé con el P. La Colombière, el cual, como sabe es un santo, y me dijo que, según todos los visos, lo que pasaba a la referida Hermana era de Dios...».

No dejó por esto la Superiora de probarla fuertemente, aunque le demostraba cariño maternal en las múltiples tribulaciones que le sobrevinieron. Tentaciones vehementes de desesperación, amargas tristezas que sólo cedían a los pies de Jesús Sa-

cramentado, vejaciones del enemigo, en especial las agudísimas hambres que la hacía experimentar con intensas tentaciones de gula. ¿Cómo las superaba la Santa? Como los santos: pasando hasta cincuenta días sin probar gota de agua. Absteníase además de beber en las mañanas de los viernes, no obstante, «la necesidad que experimentaba de beber a menudo grandes vasos de agua para refrescarse»; y cuando había de beber por obediencia, se servía del agua en que se había lavado la vajilla y aun en una ocasión del agua de lejía. Durante varios años la acosaron varias enfermedades, y el dolor del costado que no la dejaba desde la época de las grandes revelaciones.

7. El nombre de Jesús grabado en el corazón.

Empezaban a borrarse los trazos de la inscripción hecha el año antes, y Margarita los rehizó con la llama de una bujía. El dolor fue terrible, y las llagas que se formaron tan profundas, que no tuvo más remedio que contárselo todo a su Superiora. «Hay que examinarle la herida para curársela», le ordenó.

«*Oh único amor mío,* se quejó ella a su Dueño, *¿permitirás que otras vean el mal que yo me he hecho por tu amor? ¿No eres harto poderoso para curar Tú que eres el soberano remedio de todos los males?*». El divino Maestro tuvo compasión de su discípula. Al día siguiente estaba completamente curada.

No le fue posible comunicárselo a la Superiora, y ésta dio muy de mañana a la enfermera el encargo de examinar las heridas. Creyó de buena fe Margarita que no le obligaba ya tal obediencia una vez curada, y dio cuenta, como siempre, de todo a la M. Greyfié. La reprensión fue terrible, y el castigo el más duro para la enamorada de Jesucristo: privarse de la comunión y, además, haber de enseñar las llagas a la enfermera. Esta testificó que habían desaparecido por completo, y había quedado tan sólo el nombre de JESUS bien marcado, escrito en grandes caracteres, como los que pintan con moldes en los libres gruesos.

Más severo todavía fue su Maestro divino, a quien le causa horror, decía Margarita, «la más ligera falta de obediencia en el alma religiosa». Había de pasar los cinco primeros días de

retiro a los pies del Señor llorando su falta y borrársele del todo el nombre de su Amado tan costosamente grabado.

8. Primer grito de amor apostólico.

Lo exhaló gozosa la Santa Evangelista al escribir a la Madre de Soudeilles, antigua Superiora, y actualmente Maestra de Novicias de la Visitación de Moulins. Enterada por su nueva superiora la M. de Saumaise de las cosas extraordinarias de Santa Margarita, le escribió, y ésta le contestó en términos muy corteses y le insinuaba con palabras veladas por la discreción la nueva devoción al amantísimo Corazón. «Pido al Sagrado Corazón de Jesús que consuma los nuestros en los ardores de su santo amor... Dios es tan bueno que nos deja nos apropiemos el tesoro de los verdaderos pobres que es el Corazón de Jesús. Ahí tenéis, mi querida Hermana, una verdadera sociedad, y nuestra deliciosa morada, este Corazón adorable...». Era la primera expansión apostólica fuera de los muros de Paray, del amor al amantísimo Corazón.

9. Intervenciones sobrenaturales.

Por el mes de Junio de 1680 tuvo que guardar cama la H. Margarita, enferma de gravedad. Llega la fiesta del Corpus, y se abrasa en deseos de levantarse para bajar al coro y recibir el Pan de vida. Se lo concede la M. Superiora; pero le añade con imperioso mandato: «Llévese en seguida la ropa de la cama a su celda y su cubierto al refectorio y siga puntualmente en todo a la comunidad. Durante cinco meses ni tomará medicina alguna, ni pondrá los pies en la enfermería». La Santa recibe la orden de rodillas, las manos cruzadas, el ánimo tranquilo, y obedece... Añade la M. Greyfié por escrito: «Yo... le mando por orden de santa obediencia pida la salud a Nuestro Señor a fin de poder practicar asiduamente los ejercicios de la santa Regla, hasta la Presentación de Nuestra Señora de este año de 1680».

Una Madre y dos hermanas (precisamente las enfermeras) afirmaron más tarde con juramento que la salud de la H. Margarita fue perfecta del 20 de Junio al 21 de Noviembre, durante

los cinco meses íntegros fijados por la M. Superiora. Esta quedó satisfecha de la prueba. ¡Divina puntualidad!, lo mismo fue aceptar Jesucristo el día de la Presentación la renovación de los votos de su Esposa, que devolverle, como un insigne favor, todos sus achaques. Tiene que volverse de nuevo a la enfermería. «Debería mandarle, dice graciosamente otra Hermana a la Superiora, que no pusiese jamás los pies en la enfermería por dos años». —«No; estos cinco meses me bastan para ver que el camino por donde esta Hermana es de Dios».

Otra intervención divina más adelante: Tenía que entrar en los ejercicios anuales; pero ¿cómo, si se hallaba en la enfermería, abrasada por la calentura? «Vaya, hija mía, le dice la Superiora; le encomiendo al cuidado de Nuestro Señor Jesucristo; que El le dirija, gobierne y cure según su voluntad». Ella se dirige feliz a su celda, transida de dolor y tiritando de frío, se echa en el suelo y se entrega por completo en manos de su divino Esposo. Pero El se le presenta en seguida y la hace levantar con mil señales de amor. «*Quiero,* le añade, *volverte con salud a la que te ha enviado enferma y puesto en mis manos*». Y queda tan sana y vigorosa como si nunca hubiera estado enferma.

10. Siempre la cruz y la corona de espinas.

Principalmente en tiempo de carnaval. Presentósele una vez «delante de ella cargado con una cruz, cubierto de llagas y de sangre, y le dijo con voz dolorosamente triste: «*¿No habrá quien tenga piedad de mí y quiera compartir y tener parte en mi dolor en el lastimoso estado en que me ponen los pecadores sobre todo en este tiempo?*». La Santa se le ofreció, y el Salvador colocó sobre sus hombres su pesada cruz toda erizada de espinar y clavos. «Oh maldito pecado, exclamaba después la seráfica amante, ¡qué detestable eres por la injuria que haces a mi soberano Bien!».

Una cruel enfermedad le hizo sentir muy pronto lo desgarrador de aquellos clavos.

Otra vez al acercarse a la sagrada mesa le pareció la sagrada hostia resplandeciente como un sol, y distinguió al Señor (en medio de esta luz) llevando en la mano una corona de espinas. Al dar gracias, se la puso en la cabeza, diciéndole: «*Recibe, hija*

mía, esta corona en señal de la que se te dará pronto por su conformidad conmigo». Un día, siendo la Santa maestra de las pensionistas, y en ocasión de estar sacando agua del pozo del patio, recibió tan fuerte golpe en la cara que se le saltaron de la mandíbula algunos dientes y quedó colgando, desprendido de lo interior, un pedazo de carne. Ella misma se lo cortó impasible con unas tijeras ordinarias. ¡Qué dolores tan horrorosos se le siguieron! Sin contar los ordinarios de fuertes neuralgias, largos insomnios y otras dolencias que la causaron tal debilidad que exclamaba temerosa de no poderla terminar al empezar cada distribución: «Oh Dios mío, hazme la gracia de poder llegar hasta el fin».

11. "Quiere aquí el sacrificio de tu vida".

A mediados de Abril de 1681 fue el Beato Claudio a Paray mandado por los médicos en busca de la salud que le negaban otros climas. Varias veces ¿cómo no? se comunicaron de palabra y muchas veces por escrito los ardores de sus almas «fraternales» y sus proyectos apostólicos en favor del Sagrado Corazón.

El mal, lejos de ceder, se agravó y puso al siervo de Dios al borde del sepulcro. Está ya todo preparado par ir a otros climas; se lo avisa a su Santa dirigida y ésta declara expresamente que si le es posible, sin desobedecer la orden de sus Superiores, no debe salir el Padre de Paray. Y le envía este billete: «*El me ha dicho que quiere aquí el sacrificio de vuestra vida*». Tan categórica afirmación deshizo todos los preparativos de viaje.

Efectivamente: el divino Corazón llamó a Sí a su primer apóstol desde muy cerca de la cuna de la preciosísima devoción, al atardecer del 15 de Febrero del año siguiente, 1682. A la mañana siguiente escribía la H. Margarita a una persona muy devota del querido difunto: «*Cesad en vuestra aflicción. Invocadle. Nada temáis; más poder tiene ahora que nunca para socorrernos*». Y poco después afirmaba, sencilla pero resueltamente a su Madre Superiora, que se admiraba de que no le pidiese oraciones y mortificaciones extraordinarias por su eterno descanso: «*Mi querida Madre, no tiene necesidad de oraciones porque*

se halla en estado de poder rogar a Dios por nosotras, puesto que está en el cielo por la bondad y misericordia del Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo; sólo por algunos descuidos en el ejercicio del divino amor quedó privada su alma de ver a Dios desde su salida del cuerpo hasta el momento en que éste fue depositado en el sepulcro». Ocho años después había de seguir Margarita a su santo director.

12. Las noches del Jueves Santo.

Fueron muy relevantes en la vida de la admirable virgen. «En los Jueves Santos, declaró un testigo del proceso, y muchos antes de su muerte pasó desde las siete de la tarde hasta las siete de la mañana del día siguiente de rodillas en un mismo sitio, sin toser, y sin moverse». «Durante este tiempo, afirmaba ella misma, ni siquiera sé si tengo cuerpo, y los padecimientos de Nuestro Señor me impresionan tanto que no pienso en otra cosa». Semejante abstracción cesaba como automáticamente a la voz de la obediencia.

Hacia media noche le avisan un Jueves Santo: «*Hermana: nuestra Madre le manda que vaya a calentarse*». Al momento se levanta, hace la genuflexión, se retira durante un cuarto de hora y vuelve luego a su sitio, donde toma la misma postura inmóvil como un mármol. —Pero ¿qué es lo que hace usted en todo ese tiempo?, —le pregunta su Superiora—. «*Nuestro Señor me hace participante de la agonía del huerto de los Olivos, y es el dolor tan penetrante a veces que momentos hay en que parece que voy a expirar*». Estas y otras semejantes oraciones y penitencia las ofrecía por los pecadores y por «sus buenas amigas», las almas del Purgatorio.

Durante el Jubileo de 1682 Margarita María, requerida por el Señor airado contra su pueblo, se le ofrece como víctima expiatoria. Al año siguiente, Sobieski rechazaba a los turcos de los muros de Viena, uno de los fines del Jubileo. El héroe polaco atribuye al Dios de los Ejércitos la resonante victoria. ¿No se movería a misericordia principalmente por las fervientes oraciones y ásperas penitencias de Santa Margarita María de Alacoque?

13. Enfermedades y curaciones.

En esto cayó enferma la M. Superiora, y tuvo que prohibir a Margarita pidiese otra vez, como lo había hecho en otra ocasión y conseguido, que el Señor le traspasase las dolencias de su querida Madre Greyfié.

Restablecida ésta, tócales el turno a las Hermanas enfermeras y otra vez a Margarita, que cae también enferma, y de gravedad. Se agrava, y a fines de Septiembre se teme por su vida.

««Le mando, le escribe la Superiora, en virtud de santa obediencia, pida a Dios me dé a conocer si lo que acontece y ha acontecido en V. C. es de su espíritu y moción, o de la naturaleza, y que por señal de que todo es de Dios, suspenda sus dolencias corporales sólo por espacio de cinco meses, sin que tenga necesidad de remedios durante el citado tiempo, ni dejar los quehaceres ordinarios de la Regla. Pero si no es Dios, sino la naturaleza, la deje, según costumbre, tan pronto de un modo como de otro. Así estaremos seguras de la verdad». Más audaz que nunca la todavía desconfiada Superiora manda a su obediente súbdita que recabe de su Dueño la perfecta curación, no precisamente en señal del poder de sus oraciones (como dos años antes), sino de la realidad de la acción divina en sus caminos asaz extraordinarios.

Ya estaba enterada Margarita por El de la singular exigencia que le iba a intimar su M. Superiora. Sale inmediatamente de la enfermería, se dirige al coro y presenta el billete al Señor, en ocasión en que se estaba celebrando una misa: «*Te prometo*, le dice Jesús, *que en prueba del buen espíritu que te guía, yo te hubiera concedido tantos años de salud como meses me ha pedido y aun todas las demás seguridades que hubiera podido solicitar de mí*».

Llega el momento de la elevación y se siente libre de todas sus dolencias «de la misma manera que si se la hubiera despojado de una vestidura quedando ésta suspendida de una percha».

Y goza efectivamente, durante los cinco meses pedidos, de una salud perfecta. No deja por esto su «Esposo de sangre» de suministrarle con larga mano el pan del dolor que tanto ella ansiaba. *La santidad de justicia* pesa sobre la H. Margarita y

la hace sufrir indecibles torturas. Me hallo, escribe a la M. de Saumaise, casi «como una persona en la agonía a quien arrastran con cuerdas a los lugares adonde tiene que ir a practicar nuestros ejercicios...; todas mis penas se imprimen en mí tan vivamente que penetran hasta la médula de mis huesos». Bebe con su divino Maestro abundantemente el cáliz amarguísimo de Getsemaní.

14. Sus "queridas amigas".

Es un aspecto muy curioso de la vida de la Virgen de Paray sus relaciones con las almas del Purgatorio. Como a sus «queridas amigas» las trataba. Su divino Dueño les había hecho donación de su sierva durante el año 1683; debía hacerlo y sufrirlo todo por su rescate. Ellas se le aparecían, le demandaban angustiosamente sus sufragios, le explicaban la causa de sus terribles tormentos. Margarita participaba de ellos, se compadecía amargamente, oraba y practicaba duras penitencias para conseguir su liberación. Entonces acudían gozosas a darle las gracias y prometerle su protección ante el trono de S. D. M. Su vida cuenta casos muy notables que no caben en esta biografía. Vaya uno como muestra.

Un día está ante Jesús Sacramentado; de repente se le presenta una persona rodeada de llamas por todas partes. Es la de un religioso benedictino que la había confesado una vez en Paray y le había dicho que comulgase. «Le ruego, le suplica, me aplique por espacio de tres meses los méritos de todas sus obras y oraciones. Sufro tan terriblemente por el demasiado apego que tuve a mi reputación, mi poca caridad algunas veces con mis hermanos y alguna torcida intención en mis prácticas de devoción y en mis relaciones con las criaturas». Todo se lo promete Margarita. Durante estos tres meses permanece aquella alma cerca de su víctima voluntaria, y la hace participar de los efectos del fuego purificador. El dolor intensísimo la hace llorar casi continuamente. Al cabo de los tres meses convenidos, se le aparece de nuevo resplandeciente de gloria y le ve subir al cielo Margarita, después de darle las gracias y prometerle será su protector delante de Dios.

15. Divina puntualidad.

A todo esto, expiraba el 20 de Mayo el plazo de los cinco meses de salud exigido por la M. Greyfié. Al día siguiente otra vez le derriban las enfermedades en una cama de la enfermería. ¿Qué piensa de esto la exigente Superiora?

«Hoy, 25 de Mayo, escribe, declaro que he notado en V. C. una salud tal como le encargué la pidiese a Dios, y por esta señal manifiesta tengo que estar persuadida de que la bondad y misericordia incomprensibles del Corazón Sagrado de Jesús es el autor de lo que ha pasado y pasa en su alma hasta hoy. Así quiero creerlo; pero le mando de nuevo ruegue a Dios Padre por mediación de Nuestro Señor Jesucristo que, por su amor y también para quedar yo libre de toda duda, la deje gozar de salud hasta completar el año de esta primera obediencia. Pasado éste, os entrego a todo cuanto quiera hacer de vuestro cuerpo; pero necesito de todo este tiempo para quedar enteramente segura». ¿No era esto tentar a Dios?

Afortunadamente, todo redundó en mayor gloria del Señor al presentar todas las credenciales solicitadas en favor del buen espíritu de su Esposa. Esta goza otra vez de perfecta salud hasta el último día del año.

No obstante, lo dicho, la M. Greyfié admiraba la virtud de su hija, y como hija muy querida la trataba; ¿cómo no? «Venga, le contesta su Superiora en ocasión de estar muy atribulada; venga no sólo tres veces al día, sino seis, si así le place... Adiós, pobre hija mía, buenas noches; duerma bien y póngase bajo la solicitud del Sagrado Corazón del Salvador; bendígala El. Amén». Y en otra ocasión: «no lo dude; esté segura de mi amistad; la amo sinceramente como a verdadera y querida hija mía». Con todo, jamás pronunció un juicio firme sobre las revelaciones de la Santa. «Supongo, es lo más que dijo, que el caso de lo que en V. C. pasa es de Dios». Pero le añadía: «La humillaré con gusto en ciertos casos porque tiene necesidad de esta ayuda y es caridad dársela, y así lo hago deseosa como estoy del bien de su alma».

16. Sus tres ardientes deseos.

Desde mucho tiempo atrás la atormentaban «a guisa de tiranos que la hacían padecer cruel martirio»:

Deseo de amar a Dios y de comulgar: hubiera querido transformar en llamas ardientes todo lo que se presentaba a su vista.

Deseo de padecer, consecuencia del deseo de amar. Sentía una necesidad continua, y urgente, a pesar de las repugnancias de su naturaleza impresionable y delicada, de padecer hasta la muerte, de dar su vida, puesto que ya nada más podía dar.

Deseo de morir. ¡Qué delicia el morir! La uniría para siempre a su Amado sin el penoso velo del destierro. Mas por puro amor a su Dios se conformaría Margarita con vivir hasta el día del juicio, si tal fuese la divina voluntad. A esta separación, más dura que mil muertes, se *resignaba*; siempre afligida, siempre atormentada, porque no podía amar a su Amor como ella ansiaba amarle. ¿No ha ascendido, queridos lectores, nuestra amadísima Santa a sublimes alturas de santidad?

Naturalmente, iba junta con el amor de Dios, la más tierna caridad con los prójimos, y más todavía con sus Hermanas en Religión. Un día le manifiesta Jesucristo los castigos que va a imponer a ciertas almas, las que más la maltrataban. «*Oh Salvador mío*, exclama, *descarga sobre mí toda tu cólera, y borrame del libro de la vida antes que perder a esas almas que tan caras te han costado. —Pero es que ellas no cesarán de afligirte—. No importa, Dios mío, con tal de que te amen a Ti. —Déjame obrar; no las puedo sufrir más. —No, Señor; no te dejaré hasta que las hayas perdonado. —Está bien, consiento, si tú respondes por ellas. —Sí, Dios mío; pero yo no te pagaré sino con tus propios bienes, que son los tesoros de tu Sagrado Corazón*». Con esto quedó contento el justo Juez.

17. Sus cualidades naturales.

Otras preciosas cualidades de la Santa escogida por el Divino Corazón. De naturaleza muy sensible, era tímida en demasía. «Era naturalmente juiciosa y discreta, escribía de ella la M. Greyfié; de buen espíritu, temperamento constante, corazón caritativo, hasta lo imposible; en una palabra, puede de-

cirse que era materia a propósito para sobresalir en todo, si el Señor no la hubiese oído en su petición de permanecer desconocida y oculta en la abyección y el sufrimiento».

«Dios le había dado claro ingenio, agrega el P. Croiset, juicio sólido, oportuno y penetrante, alma noble, corazón grande».

«Nieta de unos campesinos borgoñeses, agrega el P. Hamón, Margarita Alacoque posee el sentido recto de su raza; un espíritu sano, no muy extenso porque no ha recibido cultura alguna, pero que ve y casi siempre juzga bien. Está llena de buen tino, como asimismo de buen corazón. Ni siquiera un pensamiento voluntario de simple aversión cruzó jamás por su alma noble, ni la más leve maledicencia salió de su boca. Las más humillantes persecuciones que soportó quedaron para siempre sepultadas y olvidadas en el fondo de su noble alma, que extremaba sus atenciones para cuantas la hicieran sufrir».

18. Sus tres grandes repugnancias.

Un acceso apoplético puso a las puertas de la muerte a una joven pensionista. ¡Gran pena que no podía recibir los santos Sacramentos! «Comulgue usted mañana, ordena la Superiora a la H. Margarita, para alcanzar esta gracia». El bondadoso Jesús accede a sus súplicas con esta triple condición: «Si tú te sacrificas en no manifestar en adelante ninguna repugnancia *ni en los empleos, ni en escribir* para responder a los que Yo enviaré a ti, *ni en acudir al locutorio*».

Como siempre, no quiere comprometerse la Santa sin la previa licencia de su Superiora. A pesar de la terrible contradicción que en sí misma experimenta, se compromete efectivamente con voto a satisfacer los divinos deseos. La enfermita volvió en sí, recibió todos los sacramentos, hizo *sub conditione* los tres votos de religión y amortajada con el hábito de profesa, fue sepultada en la sepultura común.

Su nuevo triple voto no disminuye, antes aumenta su repugnancia a escribir e ir al locutorio. A menudo es tan viva la resistencia, que teme faltar al juramento. Toda su vida experimentó la misma dificultad. ¡Admirable providencia! Dentro de algunos meses colocará Jesús en el candelero del apostolado a su humildísima Esposa. Además, muy pronto también la ele-

girán sus Hermanas para el cargo de asistente de la nueva Superiora, y tendrá entonces forzosamente que salir de su oscuridad, y abrirse, y hablar, y escribir. Por esto le exige aquel voto su divino Dueño.

CAPITULO IV

EL APOSTOLADO (1658-1690)

1. La R. M. María Catalina Melin.—2. La H. Margarita asistente de la Comunidad.—3. Ejercicios de preparación para su apostolado.—4. Santa Margarita, Maestra de Novicias.—5. Terrible sonrojo.—6. Los primeros obsequios en el Noviciado.—7. "Reinaré a pesar de mis enemigos".—8. Espantable Voto de perfección.—9. Más amplios horizontes.—10. Jacobo y Crisóstomo Alacoque.—11. "La devoción no quiere ser forzada".—2. La plenitud del Divino Corazón.—13. Afanes conquistadores.—14. La Visitación y la Compañía de Jesús.—15. ¿Cómo reciben ambas Ordenes la nueva devoción?—16. Peticiones que el Divino Corazón dirige a Francia.—17. ¿Cómo responde Francia?—18. Oportunidad de la nueva devoción.—19. La Gran Promesa.—20. "Es necesario que El crezca y yo disminuya".—21. El P. Juan Croiset, S. J.—22. Va a Paray-le-Monial.—23. ¿La Hermana Margarita, Superiora de la Comunidad?—24. ¿Presintió que le quedaba poco tiempo?

1. La R. M. María Catalina Melin.

En los primeros años del 1684 dejó la M. Greyfié la Visitación de Paray al terminar su cargo de Superiora, para serlo del Monasterio de Semur. Demasiado duramente había tratado a la H. Margarita María. Cuatro veces nada menos le había exigido verdaderos milagros en testimonio de su extraordinaria misión, y los había visto realizados con sus propios ojos. Plenamente convencida, al fin, de la verdad de las revelaciones, se hizo en Semur la M. Greyfié apóstol de la nueva devoción. Lo mismo la M. de Saumaise en Dijon y Moulins. «Cuando considero, escribirá después Margarita a su antigua superiora Greyfié, con cuánta caridad sustentaba a mi alma con el delicioso pan de los trabajos y mortificaciones, y ahora me veo privada de él, mi dolor no tiene límites. No podría darme pruebas más efectivas de perfecta amistad que humillándome y mortificándome». ¡Así son los santos!

Sucedió a la M. Greyfié la M. María Catalina Melin, del mis-

mo Monasterio de Paray. Contaba a la sazón sesenta y cinco años, y hacía treinta que allí vivía con reputación de afable, dulce y caritativa. Era de buena familia, del mismo Paray.

2. La Hermana Margarita, asistente de la comunidad.

La nueva Superiora designó a la H. Margarita por su asistente, y la Comunidad ratificó la elección. ¡Qué maravillosamente iba disponiendo el Señor las cosas! Cuando su Evangelista va a comenzar su apostolado, y esto le es necesario para realizarlo, inclina el Señor los corazones de sus Hermanas en favor de su fiel discípula.

Desenvolvióse ésta en su nuevo cargo con toda facilidad y acierto en medio de continuas alternativas de penas y gozos. ¿Cómo no prendarse de ella el Esposo de las almas santas? «*Mira, ahí tienes, amada mía, a la que no he concedido yo menos gracias y favores*», dijo una vez claramente a una Hermana lega que ansiaba conocer algún alma que se pareciese a Santa Catalina de Sena, cuya vida leían en el refertorio.

3. Ejercicios de preparación para su apostolado.

Fueron muchas y muy regaladas las gracias que en ellos recibió y que ella consignó por escrito para obedecer. El «Océano infinito de misericordia» lo fue todo para Margarita estos días.

Horno de amor en el que cae todo su ser y cuyas «llamas la penetran de tal manera con sus divinos ardores que parece van a reducirla a cenizas»:

Divino Purgatorio.

«*Mirada de luz,* de unión y de transformación».

«Tomó a mi alma por esposa, pero de una manera y con una unión inexplicable, cambiando mi corazón en una llama del fuego devorador de su puro amor». Le dio a entender que la destinaba a «rendir continuo obsequio a su estado de hostia y de víctima en el Santísimo Sacramento; debería yo a mi vez inmolarle continuamente mi ser por amor, adoración, anona-

damiento, conformidad a la *vida de muerte* que El vive en la Eucaristía...».

Estas gracias levantan nuevas llamaradas de celo ardiente en el corazón de la escogida por Jesús. Mas antes de ser apóstol por la acción, es otra vez mártir por la lluvia de dolores físicos y morales que caen sobre la esforzada religiosa por haberse ofrecido, como resignada víctima para librar a una religiosa del purgatorio.

4. Santa Margarita, maestra de novicias.

Pronto comenzará la gran apóstol a propagar la nueva devoción. Y para esto la coloca el mismo Jesús muy en alto, para que difunda la luz salida de su abrasado Corazón.

El 31 de Diciembre de 1685 (diez años después de la Gran Revelación) le confiere la M. Melin el cargo de Maestra de Novicias, a ruegos de las mismas Hermanas del Noviciado: tres jóvenes profesas y una novicia. Dos profesas antiguas se pusieron voluntariamente bajo su dirección. Total, seis.

El espíritu de Dios estaba con ella. En sus posteriores declaraciones sobre su amada maestra convendrán todas en dos rasgos de su dirección; la observancia rigurosa del silencio, y el celo en difundir la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Muchos años después, el famoso biógrafo de la Santa, Monseñor Languet, hacía datar de este año 1685 «la reforma que había reformado esta Casa de Paray, y la había convertido en una de las más fervorosas de su Orden». Y añadía: «el fervor divino que admiro en estas santas religiosas me ha parecido que prueba la eminente virtud de aquella que se las había infundido con su ejemplo, tanto como con los prodigios de los cuales se me facilitaron las pruebas». ¿Cómo no insinuarles entusiastamente el amor al Corazón dulcísimo que era el centro de toda su vida?

5. Terrible sonrojo de la santa Maestra.

Pocos meses habían transcurrido desde su nombramiento cuando envían a Paray un ejemplar del famoso *Retiro espiritual* del P. de La Colombière, publicado casi a raíz de su muerte. La Superiora lo envía derecho, sin leer nada, a la lectora del

refectorio. Está ya para terminarse el precioso libro cuando llega un pasaje trascendental. «Entendí que Dios quería servirse de mí procurando el cumplimiento de sus deseos respecto a la devoción que ha sugerido a una persona con quien El se comunica muy confidencialmente y cerca de la cual quiso servirse de mi flaqueza».

Las religiosas siguen comiendo, con la vista recogida; pero con la intención dirigida a la escogida del Señor, que todas sospechan quién es. Se rasga el velo completamente: «Habiéndose Dios, sigue el Padre, declarado a dicha persona, de quien hay motivos para creer que es según su Corazón, por las gracias extraordinarias de que la colmó, dióme cuenta de ello y yo la obligué a que me dijera por escrito lo que me había comunicado, lo cual me pareció bien referir en este diario de mis ejercicios espirituales». Seguía el relato completo de la *Gran Revelación*, escrito por la misma Margarita María. La Hermana lectora, un poco pícara, mira con el rabillo del ojo a la aludida y la ve toda sofocada, confundida, sonrojada. Salen en seguida al recreo y le suelta otra Hermana a quemarropa: «*Mi querida Hermana, bien claramente le ha designado el P. La Colombière. No puede negarlo*». Y ella no acierta a contestar sino ataragada: «*No tengo sino motivos para gozarme de mi abyección*».

6. Los primeros obsequios en el Noviciado.

Empezaba a ser del dominio público en el Monasterio de Paray la nueva devoción. Muy pronto se le tributarán al Divino Corazón los primeros obsequios.

Cercana ya la *Gran Fiesta del amor*, insinúa la fervorosa Maestra a sus novias algunos desafíos y prácticas para disponerse a ella. Llégase el ansiado viernes. Dibuja Margarita a pluma una imagen del amantísimo Corazón, la coloca en el altar del noviciado e invita a las novicias a derramar ante El sus afectos.

Un mes más tarde se repite la misma fiesta amplificada para honrar el santo de su amada Maestra, 20 de Julio de 1685. «La mayor satisfacción que le podían proporcionar». Póstranse ante el altar la Maestra con todas las del noviciado, y se con-

sagran al Divino Corazón. Día radiante para Margarita, aunque no faltaron sus puntitos negros dentro del mismo Monasterio.

7. "Reinaré a pesar de mis enemigos".

Tanto de las contradictoras francas de buena fe de casa, como de los enemigos declarados de fuera que muy pronto habían de intentar ahogar casi en germen la nueva devoción: galicanos, jansenistas, josefinos, protestantes, malos cristianos. Así se lo asegura Jesucristo, y así se verifica cada día con más esplendidez.

Combates y triunfos forman como siempre la trama de la vida de Santa Margarita; consigue de la M. Superiora la revocación de la prohibición de comulgar los primeros viernes de mes; pero después de tomar el mismo Jesús parte en el combate, poniendo a las puertas de la muerte a una de las novicias, arrancada de sus fauces en seguida de otorgar el permiso.

Queda su virtud acrisolada, pero después de sufrir con tanta paz y alegría como nunca una terrible y prolongada persecución de los propios y de los extraños por haber despedido Margarita del postulantado a una joven pretendiente de la cual creía con razón la avisada maestra que no la llamaba el Señor. Parecíale que todo el infierno se había desencadenado contra ella.

Ve «su devoción» introducida en la Visitación de Semur por la M. Greyfié, y poco después recibida pública y oficialmente en el mismo Paray.

Pero ¡cuántas presecucioncillas domésticas y lágrimas silenciosas, y sacrificios muy costosos, y cuántas oraciones de ella y de sus novicias le cuesta! La cosa pasó de esta manera.

La Hermana des Escures, precisamente la que representaba la oposición a la nueva devoción, pide a la H. Margarita una linda miniatura del Sagrado Corazón enviada desde Semur. Al día siguiente, 21 de Junio de 1686, día de la nueva fiesta, la coloca bonitamente enguirnaldada en un altarcito junto a la verja donde la santa vidente había tenido sus grandes revelaciones, y añade un billete en el que invita a todas las esposas del Señor a tributar honores a su adorable Corazón. Todas las religiosas se postran de rodillas, plenamente «convertidas», ante

el amantísimo Corazón, y se le consagran fervorosamente. Más todavía; forman con la miniatura un precioso cuadro y lo colocan en un puesto de honor, y aun construyen a fuerza de privaciones y de sacrificios una capilla en el jardín del Monasterio. ¡Ha triunfado en toda la línea la santa Evangelista del nuevo Evangelio de amor! «Ahora, escribe a la M. Greyfié, moriré contenta, puesto que el Sagrado Corazón de mi Salvador comienza a ser conocido y yo desconocida».

8. Espantable voto de perfección.

De tal hay que clasificar el que el Corazón traspasado de Jesús había insinuado tiempo atrás a su fidelísima sierva y que ésta emitió por este tiempo de su triunfo. ¡Buena recompensa del mismo! «Voto hecho la víspera de Todos los Santos del año 1686, para unirme, consagrarme e inmolarme más estrecha, absoluta y perfectamente al Sagrado Corazón de Nuestro Señor Jesucristo». Los diecisiete puntos que lo integran son de tan alta perfección que su sola lectura aterra a la pobre naturaleza humana. Pueden verse en el P. Hamón. ¿Qué extraño que la misma Santa Margarita quedase aterrada una vez emitido por un impulso irresistible del espíritu de Jesús? Túvola que esforzar El mismo: *¿Qué temes,* le dijo, *habiendo Yo respondido por ti y salido tu fiador? Mi puro amor dará unidad a todos estos propósitos.* Lo más admirable es que sus compañeras están contentas en los procesos de canonización en que su vida entera fue la realización del sublime voto.

9. Más amplios horizontes.

Su Divino Dueño ensancha la esfera del apostolado de Margarita, sacándolo de los estrechos límites del Noviciado y de la Visitación de Paray. Aquí seguirá viviendo con el cuerpo hasta su muerte, que ya se va aproximando, pero con su espíritu vivirá en Moulins, en Dijon, en Semur, en Lyon, en París, donde promoverá su culto favorito con sus elocuentes cartas.

Para autentizar más su apostolado dispone el Señor que deje su cargo de Maestra de novicias que había desempeñado durante

dos años, y ascienda por Mayo del 1687 al de *asistente de la Comunidad* (que había tenido durante uno antes de ser maestra) y en el cual durará tres más, hasta el último de su vida mortal.

¡Con qué ansias se entrega a su apostolado! Promulga como resonante pregón las magníficas promesas en favor del nuevo culto; incita a seglares y a religiosos, de palabra y por cartas insinuantes, a que le hagan las imágenes a las que Jesús ha vinculado especialísimas gracias. ¡Cuántos proyectos y ensayos en miniaturas y dibujos, y láminas de cobre, hasta conseguir una que le satisfaga por su fidelidad y baratura!

10. Jacobo y Crisóstomo Alacoque.

¡Valiosas conquistas las de sus hermanos Jacobo, Cura párroco de Bois-Sainte-Marie, y Crisóstomo, sumido poco ha en la soledad de la viudez! A aquél le atrae hacia el Divino Corazón arrancándole con sus oraciones de las garras de la inminente muerte, con la condición de obligarse a corresponder a todas las gracias del Corazón de Jesús. A éste le gana tan de veras que llegará a construir y adornar a sus expensas una Capilla al mismo. «No podías darme alegría más sensible». «Nada me puede regocijar sino ver amado, honrado y glorificado a este Divino Corazón de Nuestro Señor Jesucristo, y la dicha de poder consumirme sufriendo por su amor», les escribe alborozada su santa hermana.

11. "La devoción no quiere ser forzada".

Esto asegura la Santa Evangelista. *Proceder en todo suavemente aunque también con energía y eficacia*, era su divisa. Y con ella conformaba su fecundísimo apostolado y quiere lo conformen sus colaboradores:

La M. de Soudeilles al imprimir el *Librito de Moulins* compuesto en parte con oraciones enviadas a aquélla por la misma Margarita, más unas letanías rudimentarias, las mismas que perfeccionadas posteriormente resuenan ahora con tanta gloria del Divino Corazón en sus grandes fiestas en todas las iglesias del mundo.